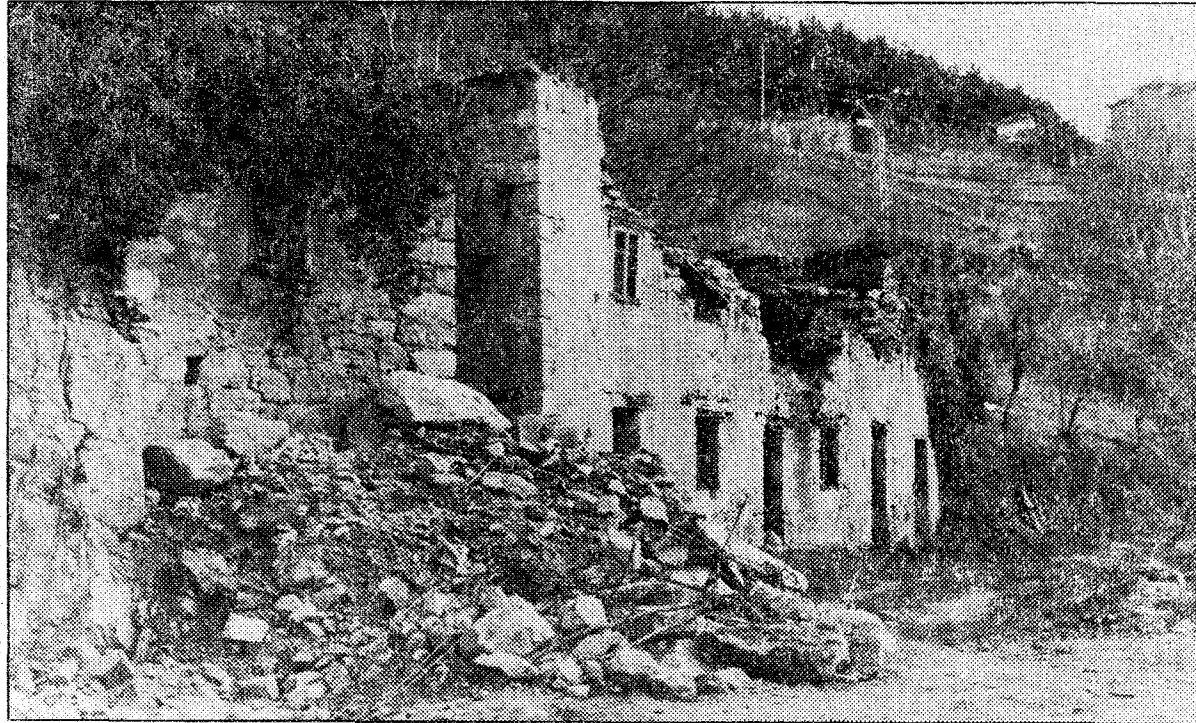


Casa de Las Tempranas, soberbio edificio que servía de alojamiento a los muchos visitantes que acudían a curarse con las aguas de Prelo



Ruinas de lo que era el antiguo balneario de Prelo, cerrado hace unos años, pero que tuvo gran fama



Concepción Fernández aún recuerda el esplendor de Prelo cuando existía el balneario

Prelo (Boal),
Jorge JARDÓN

Las aguas de Prelo, en las proximidades de Boal, riquísimas en propiedades sulfuradas cálcicas, y que en años atrás eran remedio eficaz para las enfermedades reumáticas y de la piel de buena parte de asturianos, podrían volver a alcanzar su primitivo auge, si los estudios que se vienen realizando aconsejan la reconstrucción del viejo balneario. José María García, un emigrante en Nueva York, tiene la añoranza de la niñez tan metida en el cuerpo, que ha comprado los terrenos del antiguo asentamiento del balneario y a sus ochenta y tantos años está ilusionado con que vuelva a funcionar. Los análisis químicos realizados por la Universidad de Oviedo son optimistas sobre las calidades del agua, si se tratase de montar el balneario, pero necesitarían ser tratadas, si es que el agua se fuera a embotellar. Como los objetivos son poner el manantial a funcionar con una u otra actividad, los propietarios están pendientes de los presupuestos de un grupo de geólogos que están estudiando la forma de obtener más agua, puesto que con el abandono de todos estos años, la que había se ha ido progresivamente extraviando y es preciso recuperarla si se pretende abrir el balneario. Cuando hace unos meses se compraron los terrenos, sólo se sacaba un litro por minuto, mientras que en estos momentos, con sólo haber hecho un poco de limpieza, se consiguen ya casi cinco litros por minuto.

A pesar de que hace unos treinta y cinco años que el balneario de Prelo está cerrado, los

José María García ha comprado los terrenos del antiguo asentamiento y está realizando estudios sobre la calidad de las aguas

Un indiano octogenario en Nueva York quiere recuperar el balneario de Prelo (Boal)

vecinos mayores del pueblo añoran todavía aquellos años en los que la población se multiplicaba por diez en los meses de verano.

Una burra sarnosa

Aunque los vecinos desconocen el momento de construcción del balneario, puesto que siempre lo conocieron funcionando, hay que pensar que muy bien pudiera ser el año 1852, fecha ésta que aparece grabada en la reja que da acceso a lo que se llamaba «el pocín». Pero lo que sí es tradición constante entre estas gentes es la de atribuir el descubrimiento de las aguas medicinales a una burra sarnosa que la echaron de casa a morir al monte. La sorpresa de los vecinos fue enorme cuando veían que la burra se bañaba todos los días en el riachuelo y bebía agua de aquel manantial, pasando a ser, al cabo de una semana, el animal más rechoncho y vital de los que había en las cuadras.

Los vecinos más viejos de lugar aún recuerdan los tiempos en que la dueña del balneario era una tal doña Concha, pues venía de Cangas de Tineo y tenía una hija llamada Melina,

las cuales, después de un tiempo, lo vendieron a Heriberto de Langabre, que pagó por él más de lo que valía, porque estaba enamorado de doña Concha y tenía pretensiones de poder casar con ella. El último propietario fue Adolfo de Salía, que una vez viejo y enfermo, al igual que su mujer, dejó que todo se fuera viniendo abajo.

La vitalidad del pueblo, por entonces, era extraordinaria cuando llegaba el mes de julio. Concepción Fernández, a sus 77 años, nos recuerda que «atterriamos cada vez que llegaba el verano, porque se llenaba esto de gente bien vestida, y nos daba vergüenza que nos vieran a nosotras llenas de tierra de tanto trabajar».

El balneario de Prelo, que actualmente está en el suelo, contaba con un edificio de tres plantas. En la más baja se encontraban las ocho bañeras, la ducha de los chorros y el pulverizador. En un segundo plano, el botiquín del médico y la capilla, y en las plantas superiores las habitaciones, con cabida para unas cuarenta personas, aunque cuando había apuros se metían tres o cuatro camas en

cada cuarto y se habilitaba hasta el comedor.

«El Orto» y «Las Tempranas»

Al lado de las instalaciones del balneario, que se conocían con el nombre de «Fonte Nova», había en Prelo, por entonces, otras dos casas de huéspedes: «El Orto», que tenía capacidad para unas cuarenta personas, y a muy pocos metros del balneario la casa de «Las Tempranas», quizás el edificio más vistoso y mejor conservado de Prelo. Cuentan los vecinos que esta casa había sido construida con la ayuda de un par de bueyes a través de una pasarela que se había colocado entre el desnivel de la carretera y la casa y que, al terminarla, y para celebrar la robla, se había hecho llegar hasta el tejado mismo a la pareja de bueyes, para, desde allí, tirarlos a rodar monte abajo. Tanto Concepción Fernández como Sofía Quintana, otra veterana de aquellos tiempos, recuerdan perfectamente las familias que se desplazaban cada año al balneario, especialmente de los pueblos de la costa; los Landeira, los Ochoa, Gayoso, que eran atendidos por un médico, don

Manuel Durán, que venía desde Madrid para dirigir el balneario los tres meses de verano. Ambas veteranas recuerdan perfectamente la arqueta en la que se calentaba el agua, el pocín, en donde se conservaba la mejor agua del balneario, con olor a huevos podridos y de la que había que tomar tres vasos al día, uno en ayunas, otro a las once y, finalmente, el de las cuatro de la tarde.

Concepción Fernández recuerda numerosos casos de enfermos reumáticos que salieron como nuevos. «Era frecuente», nos dice, «el caso de personas que había que bajarlas sentadas en una silla y sostenidas por cuatro hombres, y con una semana de baños les bastaba para marchar por su propio pie». Nunca se olvidará Concepción de una señora a la que hubo de bajar como se pudo, porque estaba completamente baldada y la sorpresa que llevó el marido cuando al domingo siguiente encontró a su mujer bailando en la fiesta de San Luis.

A la soltería por el cutis

Pero no todas las curas fue-

ron positivas. María, una mujer de los alrededores de Prelo, comentaba que a una sobrina suya el balneario le costó la soltería. Una semana antes de casarse, estando desde siempre achicharrada de granos, se le ocurrió la idea de ir al balneario para estar atractiva para el día de la boda. La curación fue casi milagrosa, y al verla el novio con cutis resplandeciente la dejó plantada en la puerta de la iglesia, porque le pareció que aquello era una brujería.

Pero con todo, a pesar del cierre, el manantial de Prelo sigue teniendo visitantes constantes a lo largo del año, especialmente en verano, que según Oliva, la vecina más próxima al manantial, es constante la afluencia de la gente a buscar un cacharro del agua que casi todo lo cura.

Incluso en Boal, en la tradicional Casa de la Paca, según nos comentaban las dos hermanas que regentan el establecimiento, paraba gente pudiente, los Anciola, Asenjo, Bustelo y algunas familias luarquesas más, que disponían de coche para permanecer una temporada en Boal y tomar las aguas en Prelo. Parece que fueron años muy prósperos y que la fama del balneario se extendía por toda Asturias. Incluso la tuna de Tapia, dentro de las coplas estudiantiles de la época, hacía referencia al fenómeno de Prelo, y eran cantadas por las mozas en las fiestas de los pueblos. Conchita la de la Paca, mientras comíamos, nos recitaba algo así: «Quiere quedarse en Prelo un morguista averiado, que de comer salado le salió una erupción. Del agua bebiendo en el rico manantial, dos cántaras hirviendo, la cura es radical...»

Ultimamente, la mejor TV del reino nos ameniza con programas muy instructivos. Un buen día nos presentan a un grupo de señores dispuestos a dilucidar la guerra civil de 1936-1939, cálculo que con ánimo de revancha. Ahí tuvimos a un grupo de historiadores y similares, con Manuel Tuñón de Lara (que empleaba coqueteterías de sordo) como figura de mayor renombre y consideración: y un tal «Alfons», que también son ganas de catalanizar un nombre castellano por el aborrativo procedimiento de eliminar la «o» final. Tan sólo la ausencia de David Ruiz en el elenco le concede cierta garantía a esta serie que nos amena. Y otro día vimos a pobres y a otros marginados exponiendo en presencia de una presentadora delgada y de Francisco Candel (autor de una novela sobre los suburbios de Barcelona titulada «Donde la ciudad cambia de nombre», en la que salía él mismo leyendo a Vargas Vila y los otros personajes le llamaban «el Candel»), y luego diputado o senador después de haberle echado un pulso a Hemingway del que salió malparado) sus agravios y reivindicaciones. El pobre vagabundo y

Semblanzas

María Pilar Junco: La caridad bien entendida

de pedir de puerta en puerta es, aparte de honrado a carta cabal, es un individualista con ramalazo anarcoide. Yo conocí a Lolín, que espero que todavía ande por los caminos, las fiestas y las ferias de Asturias (aunque ya son muchos los años, muchas las lluvias, muchas noches de dormir bajo el hórreo o en la cuadra, y además, hace tiempo, se le puso una neblina en el ojo, ¿qué te parece, Lolo?, pero iba al hospital y los médicos y las enfermeras le trataban muy bien. Lolo le llamaba a todo el mundo Lolo, había estado en Cuba de joven, había sido republicano por convicción y era pobre y vagabundo por vocación: pequeño, el bigote y la barba blancos, con la gabardina raída y el saco al hombro, le hablaba a los niños y disfrutaba

en las verbenas de los pueblos viendo bailar a los mozos y charlando con las avellaneras. En su opinión, no había fiestas como las de Avilés, pero al hacerse más viejo, y a causa de aquella neblina que le entró al ojo, seguramente a causa de un frío, dejó de tener casa en toda Asturias y se acogió a un caserío en Llanera. Iba a Oviedo, no obstante, porque aunque conocedor de todos los caminos, tenía también sus querencias urbanas. Uno le daba a Lolo una botella de vino y veinte duros, y Lolo le daba a cambio conversación; y cuando consideraba que había dado conversación suficiente, decía: «Adiós, Lolo», y se iba feliz. Para él, todo el mundo era Lolo.

Sin embargo, los pobres televisados, muy diferentes de Lolo

o de los pobres de Mingote, que ciertamente ya son todos unos señores académicos, hablaban de formar asociaciones y hasta reiteraban la horrorosa palabra «colectivo». Al Coque, que sabía lo suyo de las cosas de la vida, le escandalizaba que las criadas quisieran formar un «sindicatu». Pero ahora vivimos en plena euforia asociacionista. El propio Jean-Paul Sartre reconocía que una de las virtudes del escritor norteamericano era su resistencia a formar parte de asociaciones. Aunque más recientemente William Styron le confesaba a Julio Cortázar, con amargura, que el Gobierno americano le hace poco caso al escritor (lo que, dicho desde mi punto de vista, es una ventaja impagable para el escritor americano). Sin embargo, de vivir en la España



José Ignacio
GRACIA
NORIEGA

de las autonomías, incluso hasta el escritor más individualista del mundo pediría plaza en cualquier asociación de tipo gremial.

Yo no sé si una asociación de pobres alcanzará a resolver los problemas de los pobres. El problema es peliagudo. No se trata ya de no darle un pescado por caridad a quien lo necesite sino enseñarle a pescar, porque seguramente no hay pescado para todos. Por eso, a veces la caridad cristiana y las buenas intenciones resultan más eficaces que las asociaciones del tipo que sean. Dicen que Antonio Masip va a visitar a su colega Ormaechea para que le explique cómo erradicó a los pobres del centro de la ciudad de Santander. Si, de paso para la capital cántabra se detiene en Llanes,

podría hacerle la misma consulta a María Pilar Junco Quintana y se ahorra la mitad del viaje. María Pilar Junco Quintana, al frente de Cáritas, ha logrado aliviar la situación de los pobres llanescos. En Llanes no se ve a pobres pidiendo por las calles. Pero la puerta de la casa de María Pilar es un paso continuo de solicitantes. Vive enfrente de mi casa, yo la veo. Llegan gitanos y mendigos y siempre les da algo, en pepelitos doblados. Siempre da algo a todo el mundo; a un indiano muy rico le dio el ciento por uno en mi presencia por una donación que había hecho a Cáritas. María Pilar pasó su vida dedicada a los demás. A sus padres, a sus pobres, a las menudas ocupaciones de señorita soltera que no se limitó a vestir santos. Porque toca el piano, conduce un 600 en el que saca a pasear o a misa a su anciana madre; recoge y recopila leyendas y muestras del folclor llanisco y hasta tengo entendido que es poetisa en bable. Probablemente no me perdona la indiscreción de esta semblanza; pero puede decirse que para María Pilar, la caridad bien entendida empieza por los demás.